

cerca de ella, circunvalándola para atacarla por varios rumbos á la vez, abrir brechas y caminos en las montañas inmediatas para colocar las cuatro piezas de artillería de que se podía disponer, en lugares dominantes para batir á los indios, y en intentar desalojarlos á cañonazos de los cerros fortificados que ocupaban defendiendo el recinto del Buatachive. No habiéndose logrado este intento porque los indios se sostenían firmes en sus puestos á pesar del fuego de cañón, el Gral. Martínez dispuso que el Gral. José T. Otero, con 200 hombres, tomara por asalto el cerro que defendía el flanco izquierdo de los indios, y que el Coronel Lorenzo Torres, con 300 hombres, hiciera la noche del 11 al 12 una marcha penosísima de seis leguas al rededor de todos los puntos fortificados, con el fin de que escalara la montaña en que se apoyaba al Norte el flanco derecho de Cajeme; que el Gral. Carrillo con el 6.º Batallón, asaltara por el Oeste el centro de la fortificación, que era la parte más bien defendida y se apoyaba en una pequeña eminencia fortificada; que el Coronel Carlos E. Margain tomara, con 200 hombres del 25.º Batallón, otro cerro un poco más á la izquierda de los indios y á la derecha del General Carrillo, sobre el cual había enarbolada una bandera roja, y por último, que el Teniente Coronel Gonzalo del Valle atacara el flanco izquierdo del enemigo con el 12.º Batallón. De las cuatro piezas de artillería, una se destinó para batir la derecha de los indios, otra para el centro y dos para la izquierda. Dictadas estas disposiciones, se esperó á que el Coronel Lorenzo Torres, que tenía á su cargo la parte más difícil de las operaciones, trepara por la montaña, dominara el flanco derecho de los indios y anunciara con sus fuegos el momento del asalto.

En efecto, á las 6 de la mañana del día 12 el Coronel Torres apareció sobre la cordillera batiéndose con los indios que defendían aquel punto, y en el acto se hizo general el ataque, protegido por el fuego de artillería.

Los indios estaban resueltos á defenderse á todo trance, y aunque se acusa á Cajeme de haberlos abandonado durante la noche del 11 al 12, los otros jefes sostuvieron la lucha con verdadero valor y no abandonaron las posiciones que cada uno ocupaba, sino después de combatir heroicamente y cuando ya no pudieron sostenerse contra el impetu de los soldados disciplinados y de los jefes experimentados que los atacaban.

Cada una de las columnas tomó el punto que le fué señalado, y los indios, empujados por todas partes, se echaron en masa sobre el Coronel Torres, pretendiendo envolverlo para huir por la sierra; pero este jefe, que en medio del fuego había fabricado trincheras para sus soldados, los repelió con energía y los arrolló. Los Yaquis, entonces, tomando una salida que había entre los cerros del Norte y centro de la fortificación, se retiraron hacia el corazón de la Sierra del Bacatete, sin dejar un solo guerrero, ni herido, ni prisionero, ni una sola arma útil en poder de las fuerzas victoriosas. Quedaron en el campo de batalla 200 indios muertos y las fuerzas recogieron como 2000 entre viejos, mujeres y niños, muchos enfermos de la viruela y otros heridos por las balas. Los asaltantes perdieron 21 muertos y 48 heridos.

Las fuerzas que tomaron parte en el Buatachive á las órdenes de Angel Martínez se componían de 26 jefes, 76 oficiales y 1270 de tropa.

Se mencionan, entre otros, el distinguido hecho llevado á cabo por el Teniente del 25.º Batallón, Manuel Zozaya, que fué el primero en llegar á la cima de un cerro fuertemente defendido, arrebatando á los Yaquis una bandera roja que allí tenían izada, y se le confiere en el campo el ascenso inmediato.

Se menciona honoríficamente á los Generales de Brigada, Marcos Carrillo, graduados José Tiburcio Otero y Lorenzo García; Coroneles Lorenzo Torres, Carlos E. Margain, Eleazar B. Muñoz y Francisco Miranda y Castro; Teniente Coronel Gonzalo del Valle y Capitán Ter. Ayudante Alejandro Yepes.

En cuanto al Coronel Lorenzo Torres, existen en el archivo de la guerra del Yaqui los documentos siguientes:

«1.º C. Secretario: El General en Jefe de la Zona Militar insertó el oficio que le dirige el Gral. Bernardo Reyes, dando cuenta de que el Coronel Lorenzo Torres fué atacado por una bando de Apaches en el paraje del Encino, el 4 de Julio próximo pasado, al ir en marcha de Moctezuma á Granadas, y que con la poca fuerza que llevaba del 6.º Regimiento, hizo resistencia á los indios desde las 10 a. m. hasta las 2 p. m., en que sucumbió el último de sus soldados, habiendo salido herido el citado Coronel.

«El Gral. Carbó menciona la actividad, inteligencia y valor de que el Coronel Torres ha dado repetidas pruebas en la campaña de indios, y recomienda á la consideración del Gobierno el notable comportamiento de aquel jefe en el hecho de que se trata. Siendo este un servicio distinguido en la carrera militar y estando comprendido en el art. 4.º de 18 de Septiembre de 1879, y en la frac. 4.ª del art. 26 del decreto de 28 de Junio del año pasado, corresponde al Coronel Torres el ascenso inmediato, como justa recompensa á su valor.

«Basado, pues, en estos conceptos, y en la indicación que contiene el parte del General Carbó, el subscripto propone á Ud. que se conceda al Coronel Lorenzo Torres el grado de General de Brigada, y que al comunicarse esta resolución al referido General Carbó, se le diga que para recompensar de alguna manera el arrojo y abnegación de los seis individuos de tropa que sucumbieron, se hace extensiva á sus respectivas familias la gracia acordada para los que sucumbieron en la acción del Arroyo de los Alisos, á cuyo efecto remitirá á esta Secretaría una relación que exprese la clase y nombre de las víctimas, para los efectos respectivos.»

A esta opinión recayó el acuerdo siguiente: «Agosto 15 de 1882. Consígnese este hecho en la hoja de méritos del interesado, y en cuanto á la segunda parte de la opinión, procédase como en ella se expresa.»

«2.º En vista de lo expuesto, la Sección de mi cargo, procediendo con la equidad con que siempre ha obrado, tiene la honra de proponer á esa superioridad: 1.º que se conteste al General Angel Martínez que el Gobierno ha visto con entera satisfacción las acertadas disposiciones que dictó en el ataque y toma de Buatachive, cuyo buen resultado era de esperarse, supuesta su pericia militar y el valor y arrojo de los Generales, Jefes, Oficiales y tropa que tomaron participación en ese hecho de armas; y que por lo mismo el Presidente de la República le da las gracias, así como á sus subordinados, por el servicio importante que acaban de desempeñar, cuya manifestación hará que se publique por la Orden General de la Zona, haciendo mención honorífica de la conducta que observaron en la jornada de que se trata, los Generales Marcos Carrillo, José Tiburcio Otero y Lorenzo García; Coroneles Lorenzo Torres, Carlos E. Margain, Eleazar Muñoz y Francisco Miranda y Castro; Teniente Coronel Gonzalo del Valle y Capitán Ter. Ayudante Alejandro Yepes.

«3.º Que para recompensar de alguna manera la eficacia y oportunidad con que el Coronel Lorenzo Torres efectuó durante la noche el brillante movimiento que se le había ordenado con el fin de flanquear al enemigo, venciendo para ello dificultades sin número, y del cual dependía el principio del ataque general y tal vez el éxito de la jornada, cuyo hecho y el antes citado demuestran su bravura y pericia militar, se le concede el grado de General de Brigada en la milicia que justifique, como tuvo la honra de proponer el 1.º de Agosto de 1882.

«4.º Que al Teniente del 25.º Batallón, Manuel Zozaya, se le conceda el ascenso inmediato por haber llevado á cabo los hechos distinguidos de que tratan las fracciones 4.ª y 5.ª de la Ordenanza General del Ejército,

«5.º Que estas dos recompensas se comuniquen al Jefe de la Zona para que también las mande publicar por la Orden General, y

«6.º Que de las relaciones de muertos y heridos se pase copia al Departamento de Infantería, y un tanto de la primera á la Sección 2.ª de la Secretaría para los efectos correspondientes.

«Ud., no obstante, acordará lo que tenga á bien.—México, Junio 1.º de 1886.—*Echenique*.—Rúbrica.»

Después de la derrota del Buatachive era materialmente imposible que los indios pudieran seguir sosteniendo la guerra. Falto de subsistencias, desnudos y hambrientos, divididos en muchos grupos que no podían resistir á la persecución que se les hacía, diezmados por la viruela, sin municiones y perdida la fe en su sistema de fortificaciones, es natural que se apoderara de ellos el más profundo desaliento y comenzara á tener prosélitos la idea de someterse. El Gral. Martínez lo comprendió así y considerando terminada la campaña, expidió una proclama llamándolos á la paz y dispuso que á los que se sometieron á la obediencia de las autoridades legítimas y entregaran las armas se les extendiera un certificado y disfrutarían de todas las garantías que tienen los ciudadanos de la República, mientras que los que persistieran en mantenerse rebeldes, serían perseguidos y castigados con toda energía.

Efectivamente, los Yaquis comenzaron á someterse y se presentaban en grupos más ó menos considerable á los Jefes de los destacamentos de Cócorit, de Tórin, de Pótam y del Médano, en donde eran recibidos con humanidad y con lástima, pues se presentaban desnudos, muriendo de hambre y revelando en todo el más alto grado de miseria. Antes de terminar el mes de Mayo, ya se habían presentado los Gobernadores de los ocho pueblos del Yaqui, los Alcaldes, Jefes y una gran multitud de gente menuda, aunque sin entregar más armas, que sus arcos y carcajes y algunos fusiles viejos é inútiles, únicas que confesaban haber usado durante la campaña.

A solicitud del Gral. Martínez, el Gobernador del Estado, Luis E. Torres, envió al Río una cantidad considerable de víveres y manta para alimentar y vestir aquellos infelices indígenas, y aun el mismo Gobernador hizo un viaje á Tórin para recibir la sumisión de los Yaquis en un acto solemne que se había preparado y en que tomaron parte todos los cabecillas sometidos. El día 27 de Mayo se reunieron, efectivamente, en aquel pueblo, todos los Gobernadores indios, con sus bastones con puño de plata, signo de su autoridad, y acompañados de su séquito de temastianos, alcaldes, fiscales y una gran multitud del pueblo indígena.

El Gral. Crispín de S. Palomares les dijo un discurso que les fué traducido por un intérprete elocuente de su misma raza y en el cual después de traerles á la memoria los duros sufrimientos que en todo tiempo les había acarreado la guerra, les pintó los beneficios de la paz y las grandes ventajas que recibiría la tribu de vivir bajo el amparo de las leyes y protegida por los Gobiernos. También el Gral. Martínez y el Gobernador Torres dirigieron la palabra á los indios pintándoles los beneficios de la paz, ofreciéndoles protección y toda clase de garantías, excitándoles á que entregaran las armas que tuvieron escondidas y recomendándoles que estimularan á presentarse á los demás que aún permanecían rebeldes y con las armas en la mano.

Los indios parecían haberse conmovido profundamente y levantándose todos del suelo en donde habían estado sentados, tomó la palabra el Gobernador de Vicam, Francisco Siquimea, y haciendo la señal de la cruz protestó someterse de buena fe, manifestó su gratitud y ofreció hacer que se sometieran todos los vecinos de su pueblo. Esta protesta fué secundada por los demás Gobernadores, que eran: de Huirivis, Lorenzo Tomisicomea; de Pótam, Antonio Cúpis; de Bácum, Juan José Yevismea; de Cócorit, Hilario Táa; de Tórin, José Molina y de

Ráun, José M. López, todos ancianos de aspecto venerable. Faltaba el Gobernador de Belén, que no se presentó sino cuatro días después.

Para terminar aquella ceremonia, el Coronel Lorenzo Torres, nombrado por el Gobierno para organizar los pueblos del Yaqui, distribuyó á todos los indios presentes algunos víveres y telas para que se alimentaran y cubrieran su desnudez.

La guerra parecía haber terminado por completo, la paz comenzó á llevar al Río nuevos vecinos de raza blanca que iban en busca de negocios á aquella región; se traficaba por ambos márgenes del Yaqui con la mayor seguridad y confianza, y el Gral. Martínez, creyendo todo concluido, mandó dar de baja las fuerzas del Estado y retiró parte de las Federales, no habiendo quedado más que un destacamento en el Médano con parte del primer Cuadro de Regimiento, otro en Tórin con el 6.º Batallón y otro en Cócorit con el 12.º y con el resto del 1er. Cuadro: fuerzas que no se creyeron bastantes para mantener la paz. El mismo Gral. Martínez se trasladó á Alamos, á donde lo llamaban otros asuntos del servicio y quedó en el Yaqui con el mando el Gral. Francisco Leyva.

Sin embargo, había dos circunstancias para que aquella situación pudiera considerarse no enteramente asegurada; los indios no habían entregado las armas con que habían sostenido la campaña, y Cajeme no se había sometido. Se le había perseguido sin descanso y con tesón por la sierra, por los bosques y las marismas, pero siempre en vano: nunca se le llegó á encontrar y parecía que era un ser imaginario, invisible, un mito creado por la fantasía de su pueblo.

Huyendo siempre, siempre recatándose, el caudillo Yaqui había logrado escaparse ora en la profundidad de los bosques, ora en las quebras de la sierra. Tal vez tenía el deseo de someterse también pero desconfiado con esa desconfianza instintiva y profunda de su raza, temía ser inmolado en aras de otros intereses y de otras miras que para él estaban muy debajo de su seguridad personal. Además, no podía conformarse con la idea de perder su cacicazgo, y creyó ver en la retirada de las fuerzas del Yaqui una coyuntura favorable para renovar la guerra con buen éxito; al menos para hacer el último esfuerzo de los desesperados, ó de los héroes.

Mucho de su prestigio había perdido Cajeme con la derrota del Buatachive, pero aún conservaba muchos adictos, que aumentaba con su decisión en continuar la guerra. Los Yaquis son una raza valiente y sufrida: resisten el hambre y la intemperie arrojando los mayores peligros con una fortaleza indomable; su principal cualidad, la que constituye la esencia de su carácter, es el amor á la tierra de sus mayores: el defenderla y conservarla de todo dominio extraño, constituye el orgullo de su raza y por conseguirlo arrastran todas las penalidades con un heroísmo de mártires. Así, pues, no es raro que Cajeme, despertando ese orgullo, estimulando su patriotismo, lograra una vez más reunirlos en torno suyo para dar nuevo impulso á una guerra, que consideran sagrada como consideran todos los pueblos, especialmente los primitivos, la guerra que tiene por objeto la defensa de sus hogares.

Cajeme, pues, logró reunir gran parte de los guerreros en lo más espeso de los bosques y dispuso emprender nuevamente las hostilidades.

Comenzó por enviar emisarios á los indios que estaban viviendo en paz en los campamentos del Médano, de Tórin y de Cócorit para que se retiraran de allí y fueran á hacer causa común con los sublevados y ordenó al Mayo que se levantaran los indios de allá.

El 21 de Junio se comenzó á notar la retirada de los indios de los campamentos; el mismo día se apoderaron cerca del pueblo de Tórin de una partida de mulas del Gobierno del Estado, el 22 asaltaron dos convoyes de arrieros, mataron á tres de ellos y robaron cuanto llevaban, y por último, en el pueblo de Vicam cogieron á varios indios de los que se habían indultado, los colgaron de los árboles y para escarmiento de los demás les pusieron entre los dientes á los cadáveres los pasaportes que les habían expedido las autoridades militares.

El cabecilla Yaqui había reunido los restos de su fuerza en los bosques inmediatos al pueblo de Vicam y había ocupado la fortificación del Añil: algunas exploraciones practicadas por el Coronel Torres habían dado á conocer esto y el Gral. Leyva se propuso tomarles aquel fuerte; los indios casi no lo defendieron y después de unos cuantos disparos huyeron dejándolo en poder de Leyva, que lo ocupó el 6 de Julio.

Los Mayos, instigados por Cajeme, pretendieron verificar un nuevo alzamiento y para decidirse se reunieron á inmediaciones del Pueblo de Santa Cruz protegidos por los bosques, pero los descubrió el Coronel Antonio Rincón, los atacó y los dispersó haciéndoles algunos muertos.

Por el rumbo de Tórin y Bécum, los Generales Carrillo y Otero y el Coronel Torres emprendieron expediciones por los bosques en busca de los sublevados: pero no encontraron más que pequeñas partidas de ellos que huían y se perdían en la espesura al sentir la persecución.

El Gral. Martínez dispuso que regresaran al Yaqui las fuerzas que había retirado de allí, con el fin de emprender nuevamente la campaña con mayor vigor: se propuso perseguir incansable y tenazmente á los indios que de nuevo emprendían la guerra y no descansar hasta aniquilarlos y vencerlos, hasta dejarlos impotentes para hacer nuevos alzamientos. Cajeme comprendió que para reanimar al abatido espíritu de su tribu necesitaba obtener un triunfo pronto, antes de que pudieran volver al Río las fuerzas que se habían retirado y lo abrumaran con una persecución incontrastable. Al efecto, quiso tomar la ofensiva y empleando inauditos esfuerzos, logró reunir una masa de mil quinientos indios de caballería é infantería con los cuales formó el proyecto de atacar el pequeño destacamento del Médano y destruirlo, con lo cual, además del daño que causara, conseguiría apoderarse de una cantidad considerable de provisiones de boca, que en aquellas condiciones hubiera sido un botín precioso.

Este proyecto estaba bien concebido y si los jefes del Gobierno se descuidaran un momento y le dieran tiempo á Cajeme de ejecutarlo, es indudable que los Yaquis recobrarían la moral perdida, se harían de elementos para ellos de mucha consideración y podrían prolongar la guerra todavía por mucho tiempo.

Pero aquellos Jefes estaban alerta y no querían descansar un momento en las operaciones para castigar severamente á los que después de concertar la paz, habían faltado á sus compromisos y vuelto á encender la guerra. El Gral. Carrillo dispuso que el incansable Coronel Lorenzo Torres, con una columna de cerca de cuatrocientos cincuenta hombres de caballería é infantería, tomados de los varios destacamentos del Yaqui, emprendiera una expedición por la margen izquierda para buscar á los indios entre los bosques y las marismas de la costa. Después de recorrer los puntos llamados Chipoca, Tóbari, Güitevos, Médanos Blancos, Ilibay y Moscobampo, gufado por algunos prisioneros que había logrado aprehender, el Coronel Torres se encontró en el último de esos lugares el 22 de Junio con las fuerzas de Cajeme que se dirigían al Médano á ejecutar su proyecto. Con una maniobra ingeniosa logró el Coronel Torres que los Yaquis abandonaran una posición ventajosa que ocupaban, los atrajo á unas playas llamadas del Guichamoco, y allí se entabló el combate. El Coronel Torres tenía cerca de cuatrocientos cincuenta hombres y aunque los indios eran triple número, estaban desmoralizados, hambrientos y carecían de disciplina. Sin embargo, se batieron con denuedo, resistieron las cargas que se les dieron por el frente y por los flancos y lejos de desmayar ante la acometida de nuestras tropas, cargaban desesperadamente resueltos á disputar la victoria y se batían cuerpo á cuerpo con los soldados. En el momento decisivo el Coronel Torres mandó armar la bayoneta y lanzó á toda su infantería sobre los indios, ordenando que la caballería les tomara la retaguardia: con esto comenzaron á desmoralizarse y poco después echaron á huír, pero sin dejar en poder del vencedor ni un herido ni un prisionero y sin que pudiera perseguirse-



GENERAL MARCOS CARRILLO

les por entre los matorrales y por el cansancio de la tropa. Reconocido el campo se encontraron 62 indios muertos y las huellas de sangre de los heridos que llevaban los que huían. El Coronel Torres tuvo un Oficial y cinco soldados muertos, y doce heridos.

Tomaron parte en este combate, fuerzas del 1er. cuadro de Regimiento, del 6.º y 25.º Batallones y la Guardia Nacional; el Teniente Coronel Juan A. Quintero; Mayores Claudio Zapata, Isidro Castanedo y Joaquín Deoeza, Capitán 1.º Susano Martínez, y algunos otros distinguidos Oficiales.

Me he detenido en la narración de este combate, así como en el de Buatachive, porque fueron los más importantes de toda la campaña y ambos de resultados casi decisivos, pues pusieron á los indios en la imposibilidad de seguirse defendiendo con esperanzas de alcanzar ni el triunfo más leve. Naturalmente la desmoralización fué en ellos completa con esta nueva derrota y el desbandamiento se hizo general.

Cajeme se empeñaba inútilmente por rehacerse y todas las noticias que de él se adquirían, daban á entender que sólo mantenía consigo una pequeña escolta, con la cual se andaba escapando de bosque en bosque.

El Gral. Martínez procuró imprimir todavía más actividad á la persecución: establecido un nuevo destacamento en Bácum, ordenó que el Gral. Carrillo hiciera una batida por los bosques inmediatos á aquel pueblo y calculando que los restos desbandados de los indios se hubieran refugiado en las marismas, destacó dos columnas para que los persiguieran; una á las órdenes del Gral. Otero y otra á las del Coronel Torres; pero ni estos Jefes ni el Gral. Carrillo pudieron nunca encontrar una reunión considerable de Yaquis: á veces tenían que sufrir alguna descarga que les hacía desde un bosque impenetrable, alguna partida de merodeadores; se echaban á perseguirla, y cuando más, lograban atrapar alguno que moría en seguida.

Una expedición de cuatro, seis ó más días por la espesura ó por las marismas, no daba generalmente más resultado que matar dos ó tres indios, tomar prisionera alguna familia indígena que andaba errante y perder uno ó dos soldados, muertos ó heridos por las traidoras balas disparadas desde el fondo obscuro de un mezquital.

De esta manera la guerra, se había convertido en una mutua cacería en la que, por lo común, tocaba á los indios la peor parte. A la vez que con aquella persecución terrible de las tropas, tenían que luchar con la epidemia de la viruela, con la desnudez y con el hambre. No los había dejado la guerra hacer sus pequeñas siembras y carecían absolutamente de maíz, base de su alimentación; habían consumido ya todos los ganados del Río y si alguno había logrado salvar unos cuantos animales, huía con ellos sin descanso para escaparlos ó para que le sirvieran para su propia subsistencia y la de su familia. Acosadas por el hambre, algunas partidas cruzaron el río para venir á la margen derecha en busca de alimentos. El mes de Agosto se hicieron sentir por Cruz de Piedra, Providencia y hasta cerca de San Antonio, en donde robaron algún maíz y varias cabezas de ganado; y tomando prisioneros á varios sirvientes, también Yaquis aunque pacíficos de aquellas haciendas, huyeron rumbo á la Sierra del Bacatete; pero el Gral. Hernández había salido del Médano á hacer una expedición por la montaña y los encontró en su retirada, los batió y les quitó el ganado y los prisioneros,

Entre tanto, Cajeme parecía no existir y era vano el afán que se empleaba en buscarlo por todas partes: muchas veces creyeron los Jefes que lo perseguían estar á punto de atraparlo, pero jamás lo conseguían: en el momento de ponerle la mano se disipaba como una sombra.

A pesar de todos sus apuros, el Jefe indio persistía en defenderse y procuraba infundir en los demás su propia energía y el espíritu de su indomable resistencia. A fuerza de perseverancia y de actividad, huyendo siempre y siempre temiendo ser cogido, logró reunir como 800 guerreros en lo más intricado de los bosques de Bácum, en donde vivían por milagro. El 31